

PERU: 1814

Formacion de partidas contra el ejército del Rei, entre las que se distinguió el caudillo Arenales, que fue batido por Udaeta, Blanco, i Ostria. Formacion de otra columna contra los caudillos Umaña, Padilla, Cárdenas i Zárate. Indulto general. Creacion de nuevos cuerpos. Traslacion del cuartel general á Jujú. Varios golpes dados á las guerrillas. Providencias contra las familias de los emigrados al campo insurgente. Ventajas conseguidas por el coronel Marquiegui. El general Pezuela altera el plan de seguir su marcha ácia el Tucuman. Derrota del comandante Blanco. Apuros de las provincias del interior en medio de las victorias del coronel americano don Sebastian Benavente. Sublevacion del Cuzco. Expedicion de Pinelo i Muñecas sobre Puno, de Mendoza i Bejar contra Huamanga, i de Pumacagua sobre Arequipa. Crítica situacion del virei Abascal i del general Pezuela. Esfuerzo del primero para enviar una pequeña columna al mando del comandante Gonzalez sobre Huamanga. Entra el segundo en negociaciones con el caudillo de Buenos-Aires; pero se resuelve por último á correr todos los trances de la guerra. Sublevacion del coronel Castro. Malogro de sus planes. Acendrada fidelidad de los soldados cuzqueños. Formacion de varias columnas contra las infinitas partidas rebeldes. Catástrofe de La Paz por Pinelo i Muñecas. Victoria del general Ramirez en los altos de la misma ciudad. Otra del comandante Gonzalez en Huamanga. Toma de Arequipa por Pumacagua i Angulo, i prision de Picoaga, Moscoso i Valle. Alarma de la capital del vireinato. Evacuacion de Arequipa. Méritos contraidos por el general Pezuela.

Aunque los insurgentes habian sido completamente derrotados en las dos brillantes batallas de Vilcapugio i Ayohuma del año anterior, habian quedado todavia algunos restos ocultos por aquellos partidos, los que puestos de acuerdo con varios de sus habitantes comprometidos en la revolucion empezaron á formar fuertes cuadrillas para hostigar al ejército realista al favor de la escabrosidad del terreno. Arenales fue el caudillo que mas pronto se distinguió en esta clase de guerra penosa: hallándose de gobernador en Cochabamba al tiempo de la última derrota, recogió antes de evacuarla cuantas armas, caballos i numerario pudo haber á las manos, dirigiéndose á Valle grande despues de haber sido batido por el teniente coronel don Francisco Udaeta en los puntos de Omereque i la Abra. Creciendo sin embargo

la fuerza de aquel caudillo, fue enviado desde la plaza el capitán don Francisco de Ostria con 60 caballos; i como el citado Arenales en union con Cárdenas i Umaña hiciese los posibles esfuerzos para sublevar á los indios chiriguano, conoció el general Pezuela la necesidad de aumentar sus precauciones para cortar oportunamente aquellos vuelos.

Destacando con este objeto al teniente coronel don José Joaquin Blanco, comandante militar de Oruro, con parte de su guarnicion i dos cañones de montaña, pasó por Cochabamba, de donde ya habia salido otro refuerzo de 120 hombres á las órdenes del capitán don José Llano, i engrosando su columna con otros ciento tomados en el mismo punto i con un cañon de á cuatro, continuó su marcha hasta el punto de Tótor. Noticioso de que los insurgentes habian salido de aquel fuerte, determinó frustrar sus planes con la celeridad de sus movimientos: adelantándose él solo dejando orden á su division de que caminase con la mayor presteza, llegó mui pronto á reunirse en Tulquin con dichos gefes Udaeta, Ostria, i Llano. Desde su primera conferencia convinieron en la necesidad de tomar por un atrevido golpe de mano las alturas de San Pedrillo; i aunque se llevó a ejecucion este proyecto sin pérdida de tiempo, cuando llegaron á aquellas posiciones ya estaban ocupadas por los enemigos; pero atacando con teson la mas alta de todas lograron arrojarlos de ella.

Aunque no habia llegado todavia al dia siguiente la division que habian dejado en Tótor, se atrevieron á bajar al llano i atacar á mas de 300 rebeldes que los esperaban á pie firme con cuatro cañones i con los flancos bien cubiertos por la inmensa caballada. Fue furioso el ataque i obstinada la defensa; mas á las tres horas i media de vivo fuego fueron derrotados los insurgentes, quienes entregándose á una fuga desordenada dejaron en el campo mas de 100 hombres muertos, entre ellos cuatro capitanes, muchos heridos, 21 prisioneros, 4 cañones, 4 cargas de municiones, 32 fusiles i 100 lanzas; Arenales i los demas caudillos salvaron su vida con la ligereza de sus caballos. El comandante Blanco se vió precisado á hacer un terrible escarmiento sobre tres cabecillas que habian caido en su poder, i sobre otros individuos que habian dado pruebas mas positivas de su espíritu cruel i devastador. Asi quedaron desagraviados los manes de seis vecinos honrados, cuyas cabezas, cortadas por aquellos furiosos bandidos, habian sido colocadas sobre picas en el camino real por donde habia de pasar el ejército español. A pesar de estas ventajas fue preciso destinar una division de 450 hombres i 4 piezas al mando de dicho Blanco para que contuviera al referido caudillo Arenales, i se apoderase de Santa Cruz, de Mojos i Chiquitos.

Fue asimismo destinada otra division á las órdenes del coronel Benavente compuesta de 200 infantes i 380 caballos para que observase los movimientos de los caudillos Umaña, Padilla, Cárdenas i Zárate, que habian formado otra numerosa reunion en el partido de la Laguna (provin-

cia de la Plata) con el apoyo del cacique bárbaro Cumbai, que vivia en los confines i era señor del valle de Ingre.

El infatigable Pezuela se valió de cuantos medios le sugirió su celo i decision para dar solidez á sus victorias, i prestar nuevos servicios á la causa del Rei. Creyendo que un indulto general retraería de la carrera del desórden á muchos de los descarriados, lo concedió con amplitud, dándole la mas rápida circulacion. Como tardaban á venir los refuerzos del Cuzco para reemplazar sus bajas, se determinó á formar dos batallones de los habitantes de Chichas, Cinti i Tarija, admitiendo para completarlos á los mismos prisioneros de las batallas anteriores que manifestaban mas disposicion de corresponder á aquella confianza: al primero de dichos cuerpos se dió el nombre de *Granaderos de reserva*, i al segundo el de *Batallon del general*.

Despues de haber tomado oportunas providencias para asegurar el orden en el interior, en cuyas operaciones fue segundado con el mas esmerado celo é inteligencia por el mayor general don Miguel Tacon; i dejando en Potosí con una buena guarnicion al brigadier Lomera para que velase sobre este interesante objeto i sobre las operaciones de los cuerpos espedicionarios del Valle grande i de la Laguna, levantó su cuartel general de Tupiza, i se trasladó á Jujuí para dar impulso á la campaña por aquella parte.

La vanguardia realista habia ocupado desde principios de este año la citada ciudad de Jujuí i la de Salta i el fuerte de Cobos; pero las malignas tercianas, propias de aquel temperamento, la escasez de subsistencia, i los repetidos choques de los partidarios favorecidos por el perfecto conocimiento del terreno i por la ventaja de sus buenos caballos i destreza para manejarlos, causaban bajas considerables en el ejército del Rei. Cuando el general Pezuela llegó á dicho ejército que fue á fines de mayo, consistia toda su fuerza en 4.000 hombres, incluidos 450 de caballería i 200 artilleros. Era su ánimo continuar la marcha sobre el Tucuman luego que llegasen los refuerzos que debia enviarle el general Picoaga; pero como tardasen estos á causa de la repugnancia de las provincias en prestarse á aquella clase de servicio, formó dos escuadrones de cazadores, que era el arma de que mas necesitaba para emprender la campaña, mandados por el valiente coronel Marquiegui, i otro denominado de San Carlos por haber sido compuesto de los naturales de dicho valle, que habian mostrado una particular adhesion á la causa del Rei, del cual fue nombrado comandante el teniente coronel don Martin Aramburu.

Urgia sobre todo disipar las infinitas cuadrillas de gauchos, que con algunas ventajas que habian logrado sobre las partidas mas adelantadas del coronel Castro, habian adquirido el mayor orgullo, i emprendian atrevidas incursiones desde sus madrigueras. Disponiendo el general Pezuela que se retirasen á Jujuí los pocos dragones que habian quedado con su comandante, hizo un movimiento general i repentino con los tres escuadrones

nuevos, con los dos batallones de tropas ligeras i con el regimiento número 1º. Apoderándose con esta acertada maniobra de los parages que llaman de los Cerrillos, Cobos, i de otras guaridas de aquellos bandidos, los estrechó de tal modo que se vieron precisados á salir de ellas, i á retirarse al otro lado del rio Pasage, quedando asi el ejército libre de sus continuas alarmas, i en disposicion de proveerse de caballos, carnes i granos de que empezaba á escasear.

Se presentó á este tiempo á pervertir la opinion de los pueblos un nuevo enemigo sumamente peligroso, cual era la intriga agitada por las mugeres i familias de los que habian seguido las banderas del Belgrano, por medio de las cuales tenia este caudillo exacto conocimiento de todas las operaciones de sus contrarios, no limitándose á esto solo su maléfico influjo, sino estendiéndolo hasta el extremo de prostituirse á los oficiales i soldados que abandonasen las filas de los realistas, ó que les comunicasen avisos de interés: fue preciso por lo tanto trasladarlas á los pueblos de retaguardia para que fuese menos activa su venenosa seducccion.

Como dicho general Pezuela careciese de noticias sobre la situacion i fuerzas de sus enemigos, ordenó que el coronel Marquiegui, práctico de todos aquellos terrenos, saliese con una espedicion de 300 hombres á explorar el campo insurgente del Tucuman, dando la vuelta por los fuertes de Santa Bárbara, Rio del Valle, i Pitos, que están situados en las fronteras del Chaco, pais habitado por indios bravos.

El bizarro Marquiegui evacuó con tanta felicidad esta espinosa comision que el 16 del mismo mes sorprendió á los enemigos, se apoderó del fuerte del Rio del Valle, i averiguó con toda certeza que la fuerza de Belgrano no pasaba 3.000 hombres de tropas bisoñas, ni su artillería de 20 piezas, i que la vanguardia se componia de 800 gauchos á las órdenes del caudillo Martin Güemes, distribuidos en partidas sueltas que vagaban por diferentes puntos.

Los planes que con estas lisongeras noticias pudiera formar el general Pezuela, sufrieron una notable alteracion, luego que se comunicaron por el mismo conducto las de la triste situacion de la plaza de Montevideo, cuyos valientes defensores, que segun los mejores datos componian todavia una fuerza de 5.000 hombres, se esperaba que mas bien que rendir friamente las armas, se resolvieran á abrirse paso para que sus operaciones facilitasen los adelantos de las tropas del Perú. Influyeron asimismo en la variacion del proyecto del señor Pezuela sobre ocupar al Tucumán los desastres ocurridos á aquella sazón en las columnas encargadas de mantener la tranquilidad interior. El coronel Blanco, que despues de la ilustre accion de San Pedrillo habia conseguido nuevos triunfos en la Angostura, i que habia llegado á apoderarse de Santa Cruz, acababa de ser derrotado en el Pirai, adonde habia penetrado con mas valor que precaucion: por su descuido se perdió él mismo i toda su tropa, sin que hubieran podido salvarse de tan

terrible catástrofe sino tres oficiales i nueve soldados; de cuyas resultas iba caminando para Cochabamba el orgulloso Arenales con mas de 300 fusileros, muchos indios flecheros, i cuatro piezas de artillería.

La division del coronel don Sebastian Benavente, situada en el partido de Tomini habia sostenido varias acciones gloriosas contra los caudillos Padilla, Umaña, i otros, siendo las principales la de Pomabamba en 19 de marzo, cuyo pueblo infiel fue reducido á cenizas; la de Taravita en 11 de abril, resplandeciendo mas que nunca el distinguido mérito de dicho gefe en esta ocasion en que su celo por la causa del Rei le hizo superior á las graves calenturas pútridas que padecian él i dos tercios de su tropa, pues levantándose de la cama suplió con su arrojo i valentía la falta de fuerzas físicas i la debilidad de su cabeza; la de Mollein en 13 del mismo mes en la que escarmentó fuertemente á los rebeldes; la de Campo redondo sostenida ya por su segundo el teniente coronel don Manuel Ponferrada en 21, quien ocupó dignamente el puesto de su postrado gefe; pero á pesar de estas ventajas habia quedado tan débil aquella columna por efecto de dichas enfermedades, malos alimentos, continuas privaciones i penaliidades que no se hallaba en estado de resistir á los rebeldes, i mucho menos de emplearse en su persecucion.

Estos inesperados contratiempos, comunicados por el brigadier Lombera con una triste pintura del estado de la opinion en Potosí, Charcas i Cochabamba, i confirmados por los urgentes pedidos de 400 hombres para cada una de las plazas de la Paz i Oruro, i hasta de 1600 para la Plata, tenían perplejo é indeciso al general Pezuela sobre el partido que debia tomar en tan críticas circunstancias. Aunque habia renunciado á la idea de estender la línea de sus operaciones, no se atrevia á evacuar la ciudad de Jujuí por ser aquel el punto mas á propósito para combinar acertadas operaciones con el general Vigodet, de quien se esperaba una arrojada salida para levantar el sitio, posesionarse de toda la banda oriental, entretener por aquel lado las fuerzas argentinas, i socorrer abundantemente la plaza con el auxilio de sus buques.

En esta expectativa suspendió el señor Pezuela su repliegue, limitándose á destacar un batallon i algunas compañías á disposicion de Lombera para que atendiese á los puntos mas urgentes; pero no habiendo conseguido en este tiempo las armas del Rei mas ventajas que la derrota de Arenales en 6 de agosto por el coronel don Javier Velasco; no pudiendo ya dudar de la rendicion de Montevideo, i creciendo de dia en dia los apuros de las provincias de retaguardia, cuya opinion se habia llegado á estraviar completamente con las noticias de los triunfos de los rebeldes en dicha plaza, i con la falsa voz divulgada de que venian de Buenos-Aires 6.000 hombres de refuerzo al Alto Perú, se retiró finalmente á Suipacha.

La provincia de Cuzco, en la que ya desde algun tiempo se hallaban sembradas las semillas de la insurreccion, dió un horroroso estallido en el

dia 3 de agosto luego que supo los reveses de las armas españolas, i lo desguarnecido que habia quedado el vireinato de Lima con la expedicion que habia salido para Chile. Este terrible golpe puso el colmo á las inquietudes del benemérito Pezuela. Sin mas recursos que su valor i su ingenio, con un ejército rebelde al frente que iba á ser reforzado por numerosas tropas, con el horroroso fuego de la insurreccion que soplaba por todas las provincias, i que habia llegado á contaminar el mismo terreno que pisaba, sin esperanza de recibir género alguno de auxilios, solo un ánimo esforzado era capaz de mantener su vigor en tan espantosa crisis, i aun de hallar medios para salir con honor de aquellos apuros.

El brigadier indio, Mateo Pumacagua, que tantas distinciones habia merecido del gobierno español, se puso á la cabeza de aquel movimiento, de acuerdo con los hermanos José i Vicente Angulo. El desprevenido presidente brigadier Concha, el regente de la real Audiencia, todos los oidores, menos Vidaurre que sucesivamente se distinguió en los anales de la rebellion, i otros muchos partidarios de la causa del Rei, fueron confinados en prisiones, i debieron la salvacion de sus vidas á la mediacion del obispo i á la de algunos sujetos influyentes. La tropa seducida rindió sus armas á los conspiradores, quienes sin la menor efusion de sangre se apoderaron de los almacenes, pertrechos, artillería, i de cuanto existia en aquella ciudad. Ensoberbecidos con este primer triunfo, i contando con el apoyo de los soldados cuzqueños, que componian la mayor parte del ejército de Pezuela, creyeron que nada habria capaz de contener sus sacrílegos impulsos.

Nombrado en cabildo abierto José Angulo gefe general de las armas, su hermano Vicente, segundo en el mando, é instalada una junta gobernadora compuesta del citado gefe, de Pumacagua, del doctor Astete, i del coronel Moscoso, dispuso la salida de varias divisiones para propagar su maléfico influjo. Una de ellas se dirigió sobre Puno á las órdenes de Pinelo, sargento que habia sido del ejército del Rei, i del clérigo Muñecas; otra sobre Huamanga, mandada por Mendoza i Bejar, i la tercera sobre Arequipa á cargo de dicho Pumacagua. Llevaba instrucciones la primera de llegar á Potosí, i la segunda de estenderse hasta Lima, suponiendo que Pezuela no podria oponer el menor obstáculo por tener un enemigo poderoso al frente, i aun menos el virei Abascal, que era quien debia proveer con mas empeño á la conservacion de esta provincia por ser de la pertenencia de su vireinato.

Dicho virei recibió casi á un mismo tiempo este golpe mortal, el de la pérdida de Montevideo i las mas funestas noticias del estado de la opinion en las demas provincias. Celebrada una junta extraordinaria de guerra á fines de agosto para resolver sobre las medidas mas oportunas que convendria tomar á fin de contener el torrente de males que iban á desplomarse sobre aquel reino, no se hallaron otras mas prontas i útiles para

ausiliar al general Pezuela, al que se consideraba en el último estado de su agonía i próximo á sucumbir á la furia de sus soldados, sino las de disponer que el brigadier Osorio abandonase á Chile, ó que dejando en aquel reino las tropas mas precisas, embarcára una fuerte division con direccion al puerto de Arica á fin de apoyar la retirada i todo otro movimiento de dicho general; i en el entretanto salió de Lima el teniente coronel del regimiento de Talavera, don Vicente Gonzalez con 120 hombres, que fueron los únicos de que pudo desprenderse el señor Abascal. Estos sin embargo eran remedios mui tardíos i poco eficaces para mejorar la posicion del ejército del Alto Perú.

Su digno gefe procuró ocultar por algun tiempo aquellos funestos acontecimientos con la idea de prepararse á neutralizar los tiros de la seduccion i de la intriga; mas estos tardaron poco en burlar la vigilancia de sus medidas. Viéndose en tal conflicto, i rodeado al mismo tiempo por una porcion considerable de cuadrillas sueltas, que si bien habian sido batidas en todo encuentro por las divisiones de Velasco cerca de Cochabamba, de Benavente en la Laguna, i de Baez en Cinti se rehacian al momento para volver con mas teson á la pelea, llegó á desconfiar de poder evitar la inminente disolucion de su ejército. En tanto que halagaba á los oficiales i soldados trabajando con el mayor ardor para que los sentimientos del honor i de la fidelidad triunfasen sobre los de la naturaleza i de la sangre, entró en negociaciones con el general insurgente Rondeau, proponiéndole un armisticio i suspension de hostilidades hasta que el legítimo Monarca, restituido á esta sazón al trono de sus mayores, tomase disposiciones decisivas sobre la suerte de aquellos paises; pero la altanera i descomedida contestacion del caudillo de Buenos-Aires, fijando por condicion la retirada del ejército realista al Desaguadero, hizo ver al señor Pezuela la necesidad de recurrir á los estremados recursos que sugiere la misma desesperacion, i á los extraordinarios esfuerzos, que dicta á veces el honor propio lastimado, para dar al enemigo una leccion práctica de lo arriesgado que es el insultar á quien sabe sentir todo el peso del honor.

En medio de estas terribles angustias que traspasaban el corazon del general realista se le ofrecieron luminosas pruebas para persuadirse de que el ánimo del soldado estaba lejos de haberse pervertido con los insidiosos manejos de sus parientes, amigos, i paisanos rebeldes: plúgo al cielo templar la amargura de tantos contrastes inspirando en general á aquellas valientes tropas una elevacion de sentimientos superior á todo elogio.

El coronel comandante de dragones, don Saturnino Castro, que habia dado repetidos testimonios de gratitud á los señalados beneficios, i honoríficas distinciones que habia recibido del gobierno español, concibió sin embargo el alevoso plan de poner todo aquel ejército á disposicion de los insurgentes de Buenos-Aires. Creyendo que la revolucion del Cuzco i la

circunstancia de ser de aquella provincia una gran parte de los soldados del señor Pezuela, i especialmente el regimiento número 1º, allanaria todo tropiezo para llevar á cabo su criminal empresa, trató de ganar dicho cuerpo, sublevar á los demas, i de arrestar al general i á todos los gefes i oficiales europeos: para asegurar el resultado de su movimiento escribió al caudillo insurgente encargándole se aproximase con fuerzas imponentes en la noche del 1º de setiembre en que debia darse el golpe.

Noticioso el general Pezuela de estos ocultos manejos desde el 30 de agosto, dispuso el arresto de dicho individuo en aquella misma noche; pero aunque fueron comunicadas las órdenes con el mayor sigilo, llegó sin embargo á traslucirlas uno de los capellanes del ejército, quien dió aviso al referido Castro que ya se hallaba separado del escuadron en uso de la licencia que pocos dias antes se le habia concedido para pasar á Lima. Viendo ya descubierto su infame plan, se apresuró á darle ejecucion sin pérdida de tiempo.

El citado regimiento número 1º se hallaba situado en el punto de Moraya, distante seis leguas del cuartel general de Suipacha; i en el puesto mas avanzado de Mojos se hallaba el acreditado escuadron de cazadores de Marquiegui. Dicho Castro, que habia huido de Tupiza con doce soldados dos horas antes que llegasen los que iban á prenderle, se dirigió al cuartel general, i se metió á media noche en el campamento del escuadron de dragones que antes mandaba, agotando todos los medios de la seducccion, del engaño, i de su vehemente elocuencia para atraer aquellos soldados á su partido, manifestándoles que ya el espresado regimiento número 1º iba caminando para atacarlos. Sus enérgicas escitaciones fueron oidas con tal desprecio, que solo un hermano suyo, i una docena de soldados siguieron aquel impulso revolucionario. Saliendo entonces á escape de dicho punto, hizo alto á mitad de camino de la vanguardia, desde donde escribió al general Pezuela, intimándole la entrega de sus armas i las de todos los oficiales españoles, á los que prometia una segura escolta para trasladarlos al parage que designasen; i que de no conformarse con estas disposiciones, espirarian todos ellos á los golpes de sus mismos soldados que estaban ya decididos por la causa de la independencia.

En el mismo acto en que el señor Pezuela recibia tan insultante i descabellada intimacion, circulaba por el ejército una proclama incendiaria, por la que se esforzaba Castro en persuadir á aquellos valientes soldados de que dicho general iba á sacrificar en una accion á todos los cuzqueños, i que los que sobreviviesen á ella serían enviados al Socavon de Potosí para terminar en breve sus miserables dias; poniendo aquel traidor el sello á su perfidia, dándoles á entender que el mismo general le habia dado parte de tan inicuo proyecto, que el habia jurado vengar con su sangre. Para intro-

ducir mejor el veneno de la seducción, les presentaba el cuadro de sus parientes i paisanos que pedían con la mayor ansia su adhesión á los principios de la independencia, i les afeaban el uso de las armas estrangeras en su propio daño, terminando lo ponzoñoso de su alocución con manifestarles que Arequipa habia abrazado su causa, i que Lima habia sacudido igualmente el yugo del virei Abascal.

Dejando en aquel sitio los pocos soldados que le habian seguido al cuidado de su hermano, quien parece que mas bien seguia su impulso por un efecto de torpe embelesamiento que de criminal intencion, pasó á Moraya, i lleno de una petulante confianza, fundada en las numerosas tropas de su devoción que fingia iban caminando para apoyar sus proyectos, mandó al coronel don Manuel Gonzalez de Bernedo, único español que habia en dicho primer regimiento, entregase el mando al sargento mayor don Mariano Antonio Novoa i dió á este el mas premuroso encargo de que se preparase á rechazar los violentos ataques del general Pezuela, que se aproximaba con la idea de deshacer aquel cuerpo i de enviar todos sus individuos al mencionado Socavon de Potosí.

A pesar de la seguridad que afectaba Castro en aquellas disposiciones, no hizo su intriga el rápido efecto que se prometia, pues que reunidos todos los oficiales en casa del coronel, se aseguraron de la falsedad de los asertos del conspirador por el teniente don Mariano Matorras que habia llegado en su compañía; i comisionado el referido Novoa para cerciorarse de tamaña impostura, en compañía de otro capitán i de cuatro soldados, observaron que Castro iba precipitadamente á tomar su caballo para sustraerse con la fuga á la dura suerte que debia prometerse de sus descubiertas tramas. Se arrojaron entonces sobre él, lo presentaron de nuevo al coronel, é hicieron públicas sus maldades á todo el regimiento.

Poseidos los soldados del mas justo furor, clamaron todos á una voz que fuera despedazado en el acto aquel genio de la discordia i del deshonor: sosegados sin embargo con las promesas que les hicieron sus gefes de que se le impondria el condigno castigo, fue remitido á Suipacha con una compañía de granaderos. Hallándose en el camino con otras dos que el activo Pezuela habia enviado en su persecucion, fue detenido hasta que avisado dicho general de aquellos acontecimientos, dió orden para que fuera devuelto á Moraya, accediendo á las urgentes solicitudes que el espresado regimiento le habia dirigido para que se le permitiera el honor de ser el ejecutor de la bien merecida sentencia de muerte, que le fue impuesta despues que el auditor de guerra hubo apurado los medios de averiguar los cómplices que tenia en su bárbara conspiracion.

Así murió este malogrado guerrero, que tanto aprecio habia llegado á merecer de los buenos realistas por su fiel i bizarro comportamiento hasta que las venenosas doctrinas de los buenos-aiireños llegaron á pervertir su

juicio. Bien lo conoció en los últimos momentos, en que viendo las cosas por el prisma de la verdad, de la razon i del deber, se manifestó arrepentido de sus errores, hizo útiles advertencias al general Pezuela para que observase con cautela la conducta de algunos individuos, le nombró por su albacea, i le pidió perdon por su rebeldía i por el diabólico designio que habia tenido de asesinarle en su mismo cuarto pocos dias antes de dar el grito de sedicion. Este es otro de los argumentos mas poderosos que prueban la injusticia de la causa de los rebeldes.

Entre los infinitos realistas que han sido sacrificados al puñal fratricida no ha habido uno que haya mostrado temor al ser conducido al suplicio, i mucho menos su arrepentimiento por haber abrazado un partido que estaba en perfecta armonía con la religion, con la virtud i con el honor; i entre los que han sufrido igual destino, pertenecientes al bando contrario, todos con mui pocas escepciones, aun los mas obcecados i furiosos han de testado en los últimos instantes de su vida las erróneas doctrinas que los habian conducido á morir en un afrentoso patíbulo.

A pesar de este terrible escarmiento i de otros varios que fue preciso hacer para contener el genio del mal, entre ellos el del sargento primero José Lino, que habia tratado de entregar al enemigo el escuadron de dragones del coronel Marquiegui al que pertenecia i estaba mui distante de mejorar la situación de los negocios. Baez avisaba desde Tarija la necesidad de evacuar aquel territorio a causa de la superioridad de fuerzas enemigas con que se veia abrumado, i del mal espíritu de aquellos habitantes, acreditado con la desercion de tres compañías montadas que habia formado de ellos. Los otros caudillos del interior habian llegado a ocupar a Cinti, amenazaban á Potosí i la Plata, i hacian una guerra cruel á cuantos caian en sus manos. Los del Cuzco lejos de suavizarse con las oficiosas proclamas del virei i pastorales del arzobispo de Lima, ponian en movimiento los mas sutiles resortes de su intriga para estender su ardor revolucionario por todas las provincias.

El mariscal de campo don Francisco Picoaga, que habia logrado refugiarse en Lima huyendo de las inmediaciones del Cuzco, en donde se hallaba al tiempo que estalló la sublevacion, salió de dicha capital para Arequipa, en cuya ciudad esperaba organizar algun ejército, i sostener la autoridad del Rei con el apoyo de su opinion, que suponía favorable á su causa i á su persona, i con la eficaz cooperacion del intendente Moscoso; pero estos remedios paliativos no eran suficientes para disipar la gran borrasca que se habia levantado.

En medio de los graves cuidados que ocupaban al general Pezuela se resolvió á desmembrar su pequeño ejército, único medio de cortar aquella insurreccion: el valiente Ramirez fue encargado de llevar á cabo tan árdua empresa. El regimiento número 1º, que debia inspirar la mayor desconfianza por ser todo él compuesto de hijos del mismo pais que se trataba de

sujetar, pidió con tanta vehemencia el honor de abrir esta campaña, que hubiera sido tan imprudente el desairarlo como se presentaba aventurado su desenlace. En este estado de inquietud i perplejidad concedió a dicho brillante cuerpo la gloria de vencer i de vencerse a sí mismo. Situado Pezuela en Santiago de Cotagaita, i fortificado en buenas posiciones, al favor de las cuales esperaba resistir á los ataques que le hicieran sus enemigos luego que tuvieran conocimientos de la poca fuerza á que habia quedado reducido, emprendió su marcha Ramirez, i casi al mismo tiempo salieron del Cuzco los caudillos Pinelo i el doctor Muñecas para reunirse con los insurgentes de Puno. Las primeras operaciones de estos facciosos fomentaron sus locas esperanzas: despues de haberse apoderado del Desaguadero, i de 13 ó 14 piezas de artilleria i de otros efectos de parque que habia en aquel punto, despacharon nuevos emisarios a Oruro, Cochabamba, Potosí, i al mismo Rondeau, fomentando la sedicion por todas partes para dar un golpe decisivo a las armas del Rei.

Aunque estos pliegos fueron interceptados en Oruro con la aprehension del alcalde provincial del Cuzco, Paredes, que los conducia, no pudo evitarse que por otros conductos llegasen sus revolucionarios avisos a las provincias i al general Rondeau, que habia ya ocupado a Tarija i adelantado su vanguardia á Yavi. Un enjambre de partida tenia sitiado el cuartel general de Santiago, i le interceptaba todos sus viveres i comunicaciones. Era pues de la mayor urgencia organizar nuevas fuerzas ambulantes que se empleasen en la persecucion i esterminio de aquellas gavillas. Formadas tres pequenas divisiones al mando de los valientes oficiales Rolando, Jáuregui, i Garcia, fue destinada la primera contra Zárate, Betanzos, i Navarero, que con 200 fusileros, algunos lanceros montados, i considerable indiana, hacian sus correrias por la provincia é inmediaciones de Potosí á espaldas del ejército: salió la segunda contra Camargo, Caballero i Baca, que desde las alturas de Santa Elena se derramaban sobre el partido de Cinti por la izquierda de dicho ejército; i la tercera se dirigió contra Urdininea i Vidaurre, que por su derecha i despoblado ocupaban á Cochina, la Rinconada i las Punas de Calina.

Conociendo el señor Pezuela la importancia de recobrar á Tarija, cuya pérdida se hacia mas sensible por las provisiones que de allí podia recibir, movió su vanguardia con tan feliz resultado, que el coronel Olañeta batió á los enemigos en Yavi, i el coronel Marquiegui se apoderó del dicho importante punto de Tarija sorprendiendo á 300 hombres que lo guarnecian, i cortando por este medio la comunicacion que tenian aquellas tropas con los caudillos del interior.

Aunque Ramirez habia salido precipitadamente de Oruro, no pudo impedir que Pinelo i Muñecas se anticipasen á caer sobre la Paz, cuya ciudad atacaron el 22 de setiembre con nueve cañones, quinientos hombres de fusil i muchos indios armados. Fue heroica la defensa de su gobernador,

marqués de Valdehoyos á pesar de su corta guarnicion, pero pasándose al enemigo una parte de la misma plebe que debia contribuir á rechazarlo, quedaron los realistas sin fuerzas para resistir aquella furiosa invasion. Ya desde la primera entrada de los facciosos se habian visto cometer las mas bárbaras tropelías contra las personas é intereses de los españoles; pero llegó al último grado el furor de aquellos caribes cuando se hubieron volado accidentalmente en el dia 28 las municiones que tenian en el cuartel, de cuya esplosion fueron víctimas los infelices presos i los soldados que los custodiaban.

Atribuyendo á malicia de los realistas lo que era efecto del descuido de las guisanderas que estaban enfrente de dicho cuartel, se derramaron por las calles como tigres sedientos de sangre, se dirigieron á la casa del gobierno donde se hallaban presos el marques de Valdehoyos, seis coroneles, cinco tenientes coroneles, el sargento mayor de la plaza i su ayudante, cinco capitanes i otros varios militares i caballeros principales de la ciudad hasta el número de 57, á los que sacrificaron con tanta inhumanidad i barbarie, que no contento aquel furioso populacho con haber ejercido los mas repugnantes desacatos i escándalos, llegó su ferocidad hasta el punto de beber algunos la sangre de aquellas ilustres víctimas, i se abalanzaron otros á chupar sus corazones i hacer las mas terribles demostraciones de su saña infernal.

Presuroso Ramirez por dar algun auxilio á aquella desgraciada poblacion, envió por delante al coronel Saravia; i reunida toda la columna á fines de octubre determinó atacar á los referidos caudillos que se hallaban situados con todas sus fuerzas en los altos que dominan la ciudad. Este fue el momento de mayor inquietud i alarma para el benemérito general español: por grande que fuese la decision que afectaban sus tropas, se exigia de ellas sin embargo la dura prueba de pelear contra sus mismos parientes, amigos i conocidos. Aparentando en medio de sus temores una serenidad i confianza de que estaba su ánimo bien distante, sonó la trompa de ataque. Desatendiendo en aquel momento sus fieles soldados los vínculos de la sangre i de la amistad, i deseando hacer un nuevo i costoso sacrificio ante las aras de la Monarquía española, se lanzaron con tanto arrojo i esfuerzo contra los rebeldes, que en un momento fueron completamente derrotados, abandonando el campo cubierto de cadáveres, diez piezas de artillería, ciento cincuenta fusiles, i un gran número de prisioneros.

Rebosando del mas puro gozo el general Ramirez por un triunfo tan ilustre, cuyo primer ensayo i pronunciado compromiso daba las mas sólidas garantías de la noble i heroica carrera que habian de recorrer sus valientes tropas, ocupó inmediatamente la ciudad de la Paz, i despues de haberla organizado bajo el mas acertado plan que le sugirió su celo i prudencia, i de haber estraído cien mil pesos para sostener á sus beneméritos soldados i pagar sus alcances, continuó su marcha sobre el Desaguadero i Puno, se-

guro de que sellarian en cuantas ocasiones se exigiera de ellos los sublimes sentimientos de honor i lealtad que habian consignado en los altos de la Paz.

Por la parte de Huamanga habia hecho bastantes progresos el comandante Gonzalez sin embargo de haberse sublevado 400 milicianos que el intendente de aquella provincia habia puesto sobre las armas para contener á los caudillos Mendoza i Bejar, i á pesar de la marcada adhesion de esta fuerza á la causa de la independencia, acreditada á la nueva aparicion de los cuzqueños en aquel territorio, olvidando la gratitud que debian al gobierno realista por haberles perdonado el primer crimen de su insurreccion. Reforzado pues el referido Gonzalez con 500 hombres, aunque mal armados, de las milicias de Huanta, proporcionados por el celo i decision de los gefes de aquel cuerpo, don Juan José Lazon, don Nicolas Torres i don Pedro Fernandez de Quevedo, habia logrado batir algunas partidas sueltas que los insurgentes tenian avanzadas en el pueblo de Huamanguilla, i vengar el desacato que habian cometido, arrestando dos parlamentarios que les habia enviado con proposiciones conciliatorias. Lejos pues de corregirse con estos reveses juraron el esterinio del gefe realista, i reuniendo con este fin Mendoza i Bejar unos cinco mil hombres, entre ellos 300 fusileros i cuatro piezas de artillería, cayeron sobre la division del referido Gonzalez á principios de octubre.

Las tropas del Rei sostuvieron con impavidez aquel impetuoso ataque; pero siendo tan superiores las fuerzas contrarias, lograron penetrar por las mismas calles de la poblacion: esta efímera ventaja sin embargo fue causa de su propia ruina; el comandante realista conoció lo crítico de su posicion i la necesidad de dar un golpe extraordinario de valentía i arrojo para salvar el honor de las armas españolas: puesto á la cabeza de sus tropas, i echándose con desesperado valor sobre aquellas hordas rabiosas que se saboreaban ya con el triunfo de sus criminales proyectos, introdujo en ellas tan grande terror i asombro, que dejando 600 hombres tendidos en el campo, gran número de heridos, toda su artillería i municiones, no pararon hasta mas allá de Huamanga, en cuya ciudad cometieron, aunque de paso, los mayores escesos i tropelías. Habiendo dado los sediciosos a la acción de Huanta un sentido inverso de la realidad, se sublevó la ciudad de Huancavelica, fue arrestado su intendente, i se procedio al saqueo que es el término de todas las maniobras de los rebeldes; pero descubierta aquella impostura se restableció el orden, que fue consolidado con la llegada de cien hombres del Real de Lima i dos cañones al mando del capitán don Felipe Eulate.

El aspecto de los negocios no era tan lisongero por la parte de Arequipa. Pumacagua i Angulo se habian aproximado a dicha ciudad antes que arribase á Quilca la fragata Tomás con una compañía del Real de Lima, 500 fusiles i demas pertrechos que esperaba el general Picoaga para or-

ganizar una fuerza respetable capaz de rechazar victoriosamente aquella invasion. Sorprendido dicho general en tan críticos momentos sin poder contar mas que con unos 100 veteranos i con algunas milicias mal armadas, i peor dispuestas, se vió precisado á empeñar una accion sumamente desigual en el dia 10 de noviembre; pero el resultado fue cual debia esperarse de la falta de recursos para resistir á un enemigo tan osado como orgulloso por la inmensa superioridad de hombres i útiles guerreros. Fueron completamente batidos los realistas, perdieron su artillería, armas i municiones; Picoaga, Moscoso i el Sargento mayor del Real de Lima don Antonio del Valle, cayeron en poder de aquellos rebeldes, quienes entraron triunfantes en la ciudad, escitando en ella i en todos sus partidos tal entusiasmo i devocion á su sacrilega causa, que el ayuntamiento se atrevió a intimar al virei de Lima la cesacion de una guerra tan contrariada por la publica opinion.

Este golpe terrible acabó de desconcertar las débiles esperanzas de los buenos realistas: toda la provincia de Arequipa se puso en estado de sublevacion, especialmente los partidos de Moquegua i Chuquibamba; i quedó cortada la comunicacion por todas partes entre Lima i el ejército. Tan funesta noticia hizo subir de punto los temores de los limeños: ya se figuraban ver sobre las murallas de aquella capital á estas hordas furiosas, reforzadas con los negros esclavos de las haciendas inmediatas de Ica, Pisco i Cañete, que no bajarían de 7 á 8 mil hombres, renovando las trágicas escenas de Santo Domingo. A estas poderosas consideraciones se debió tal vez la salvacion de Lima; porque lejos de hallar los facciosos apoyo alguno en sus habitantes, aun en los menos adictos al gobierno español, se estreñaron todos sus planes contra la constante fidelidad de la parte sana, i contra la justa aprehension de la viciada. Así pudo el virei habilitar una pequeña division de todas armas, la que auxiliada por algunas milicias del territorio, se situó en Ica á las órdenes del teniente coronel don Isidro Alvarado, á fin de cortar toda comunicacion con los partidos confinantes de Arequipa, i conservar la tranquilidad en los paises de retaguardia.

Todas estas medidas sin embargo eran insuficientes para restablecer la calma: la situacion de los negocios era la mas desesperada i violenta, los ánimos estaban abatidos; todos temblaban, i aun los mas adictos á la revolucion se desmayaban al tender la vista sobre el horrible cuadro que presentaban los pueblos en su disolucion. Solo las noticias de Europa comunicaban algun consuelo; la restauracion de Fernando VII al trono de sus mayores hacia esperar que mui en breve participaria la América de los beneficios de la paz general. Se hablaba ya de la expedicion del general Morrillo; i aun se presumía que la suerte del Nuevo Mundo se fijaria de un modo irrevocable en el antiguo, contra cuyas resoluciones no podrian prevalecer los conatos i empeños de los insurgentes, reducidos á un estado de aislamiento i abandono.

Cobró nuevo aliento el ánimo de los realistas con las noticias que se recibieron á este tiempo de la brillante campaña del brigadier Osorio en Chile, quien habia repuesto rápidamente la autoridad real en todo aquel reino: su viva imaginacion les hacia ver el desembarco de dicho Osorio con una gran parte de su ejército para dar impulso á las operaciones de la guerra del Alto Perú: se extendió la esfera de su confianza luego que el general Ramirez, despues de haber derrotado á Pinelo i Muñecas en los altos de la Paz, i restablecido el orden en esta plaza i en la de Puno, venia sobre Pumacagua i Angulo, disipados ya todos los recelos acerca de la fidelidad de sus tropas.

Cambió pues en un momento la escena política: del sumo abatimiento se pasó á la esperanza de un halagüeño porvenir; i si bien era prematuro todo cálculo que se hiciese á aquella sazón, su acierto se debió indudablemente en esta parte al arrojo, constancia i decision de los gefes á quienes estaba confiada la direccion de los negocios militares i políticos. Los caudillos Pumacagua i Angulo iban perdiendo con su torpe manejo, desabridos modales i grosera codicia aquel prestigio que pudieron crear á su primera entrada en la provincia de Arequipa. Era mayor todavia el desagrado de los finos, sensibles i caballerosos arequipeños al ver la altanería é insolencia de aquel enjambre de indios rudos, que todo lo miraban con los ojos de bárbaros conquistadores; i aunque algunos por hallarse ya en un estado de despecho i compromiso no podian desprenderse de las banderas rebeldes, la mayor parte sin embargo deseaba sacudir un yugo tan ignominioso.

La aproximacion de Ramirez abrió un campo libre á su esperanzas, i aunque aquellos caudillos se habian reforzado con el armamento i artillería de la division de Picoaga, no se atrevieron á permanecer en dicha ciudad, en la que ya se habian traslucido los síntomas de descontento i desafeccion, si bien publicaron al evacuarla que su salida llevaba por objeto dar un golpe decisivo al cuerpo realista. Partieron con efecto por el camino de Puno con 21 piezas de artillería i ocho á diez mil hombres, en su mayor parte chusma colecticia sin subordinacion ni disciplina, escepto unos 600 fusileros que habian servido en el ejército. Haciendo la mas pomposa ostentacion de sus fuerzas, enviaron un parlamentario al general realista ofreciéndole un salvo conducto para su persona si desistia de su inútil empeño en chocar con la pública opinion de todas las provincias, inclusive la capital de Lima, en la que supusieron haber sido proclamada la indepedencia; pero desechando Ramirez con la mayor indignacion tan atrevidas proposiciones se preparó para ir en busca de aquellos bandidos, quienes viendo la entereza i decision del general español levantaron su campo á media noche, i enterrando la artillería mas gruesa, é inutilizando muchas cargas de pertrechos, se dirigieron ácia el partido de Lampa, abandonando enteramente la costa.

Noticiosos los arequipeños de aquellos acontecimientos i de la aproximacion de las tropas del general Ramirez, se prendieron á los que habian quedado mandando á nombre de los rebeldes; i restableciendo por sí mismos la autoridad real, nombraron una diputacion para que acreditase la adhesion de aquellos habitantes á la causa que defendia dicho general. Este hizo su entrada en Arequipa á principios de diciembre, i toda la provincia siguió luego el sistema de la capital, escepto el partido de Chuquibamba, que cedió sin embargo á la impotencia de sus compromisos. Desde este momento quedó abierta la comunicacion con el ejército del Rei, el cual, aunque rodeado por todas partes de enemigos, se conservaba siempre en su posicion de Santiago, i continuaba defendiéndose i operando con ventaja sobre los caudillos de su espalda i costados, é imponiendo al ejército de Buenos-Aires. Empero un estado tan violento no podia ser duradero: era de temer que la entereza é impavidez del general realista se estrellase contra los no interrumpidos é irresistibles esfuerzos de sus enemigos, si de algun modo no mejoraba su posicion. Estaba ya altamente comprometida la opinion de dicho general, i aunque conocia la necesidad de sucumbir sino recibia refuerzos, ó si á lo menos no regresaba triunfante la division del general Ramirez, habia resuelto no transigir de modo alguno con los enemigos, ni dejar las armas de la mano en tanto que hubiera un soldado que quisiera seguirle á sacrificarse ante las aras de la fidelidad i del honor.

Para adquirir alguna celebridad en el templo de la Fama se necesita la prueba de estraordinarios servicios, de serenidad en el desprecio del peligro, de constancia en el sufrimiento, de brillantes recursos del ingenio para salir de lances apurados, i de aventajados talentos para llevar á cabo árduas empresas. Si se examina pues con escrupulosa imparcialidad los infinitos contrastes con que tuvo que luchar el general Pezuela en este año de 1814, aunque no se dió en él ninguna batalla que mereciese aquella calificacion, i sí solo acciones parciales que no bajaron de 150, no fue menor su mérito de haberse sabido sostener en medio de tantos elementos de discordia i oposicion, á cuyo fuego devastador no parecia posible resistir en el órden natural de los acontecimientos humanos. Fue una especie de prodigio que sorprendió al gobierno de Lima, de que este afortunado gefe no solo pudiese conservar sana la nave del gobierno en medio de tan horrosas borrascas, sino que supiese sin mas recursos que su ingenio i decision disipar todas las nubes que las promovian, hacer que se serenase el horizonte de la opinion, i adquirir nuevas fuerzas i vigor para dar al año siguiente golpes decisivos que fijasen la solidez del dominio del Rei en todas las provincias del alto i bajo Perú.